

**Historiador, Fuentes y Tecnología  
¿Llegó la hora de cambiar el paradigma?  
Reflexiones en torno a la investigación de *Boicot***

**Historian, Sources, and Technology  
Is it time for a change of paradigm?  
Reflections around my research for *Boicot***

Ariela Katz Gugenheim  
Centro de Documentación e Investigación Judía  
México  
[arielakg@gmail.com](mailto:arielakg@gmail.com)

**Resumen**

El artículo hace un recorrido por el desarrollo tecnológico que ha tenido la disciplina histórica a lo largo del tiempo desde su proceso de profesionalización entre los siglos dieciocho y diecinueve, principalmente al respecto de la organización de archivos documentales y el procesamiento de información por medio de recursos como las fichas. A través de los hallazgos de fuentes disponibles en repositorios digitales y herramientas computacionales para trabajar con ellas, la autora del libro *Boicot. El pleito de Echeverría con Israel* presenta un análisis de la utilidad que estos medios ofrecen a los historiadores. El estudio de caso sobre su propia investigación con archivos y documentación digitales sobre la historia judía para el libro mencionado sirve para hacer una invitación a cambiar de paradigma en la investigación histórica y aprovechar todos los recursos que las herramientas digitales y las humanidades digitales ponen a su alcance.

**Palabras clave:** archivo, humanidades digitales, herramientas digitales, procesamiento de información, tecnología, investigación histórica, judíos en México, Echeverría, boicot.

**Abstract**

The article explores the technological development of the historical discipline over time since its professionalization process between the eighteenth and nineteenth centuries, mainly regarding the organization of archives and the processing of information through resources like cards. Through the findings of sources available in digital repositories and computer tools to work with them, the author of the book *Boicot. El pleito de Echeverría con Israel* presents an analysis of the utility that these media offer to historians. The case study of her own research with digital archives and documentation on Jewish history

for the aforementioned book serves as an invitation to change the paradigm in historical research and take advantage of all the resources that digital tools and digital humanities make available.

**Keywords:** archive, digital humanities, digital tools, processing of information, technology, historical research, Jews in Mexico, Echeverría, boicot.

### **Boicot. El pleito de Echeverría con Israel**

En 2019 publiqué *Boicot* (Katz, 2019). El libro trata acerca de la resolución 3379, adoptada por la ONU el 10 de noviembre de 1975, que definía al sionismo como una forma de racismo<sup>1</sup>, y el voto a favor emitido por el entonces presidente de México, Luis Echeverría.

En el libro analizo cómo se llegó a la decisión mexicana, desde sus antecedentes en la Conferencia del Año de la Mujer en México en 1975. Explico el proceso mediante el cual este asunto llegó a la ONU, e indago los intereses que llevaron a Echeverría a ordenar el voto a favor. En mis pesquisas, encontré que cuando el bloque árabe-soviético presentó su moción ante las Naciones Unidas, México estuvo expuesto a diversas presiones que intentaron influir en uno u otro sentido, por parte de individuos y gobiernos, tanto mexicanos como extranjeros.

Ultimadamente, tuvo éxito la presión de aquellos que pugnaban en contra del sionismo, porque era más afín a la retórica antiestadounidense del régimen mexicano y a los intereses personales de Echeverría, quien aspiraba a la Secretaría General de la ONU cuando terminase su sexenio, y esperaba, con su voto a favor, conseguir el apoyo del bloque árabe-soviético para su candidatura. De manera que el 10 de noviembre de 1975, en la ONU, México apoyó la condena al sionismo.

Pero este apenas es el comienzo de nuestra historia.

En Estados Unidos, la reacción al voto fue electrizante. Al día siguiente de la votación, las organizaciones judías norteamericanas organizaron una protesta en Nueva York. Los activistas no estaban seguros de

---

<sup>1</sup> La resolución 3379 fue rescindida por la ONU en 1991. Cabe mencionar que la Alianza Internacional para el Recuerdo del Holocausto (IHRA), integrada por más de 30 países, dentro de su definición de antisemitismo incluye al antisionismo como una forma de antisemitismo.

alcanzar a convocar siquiera miles de personas, por eso lo anunciaron sólo como un “mitin juvenil”. Sin embargo, la realidad rebasó todas sus expectativas: asistieron 200 mil manifestantes tan solo en el centro de Manhattan, a la par de reuniones locales similares en muchas otras ciudades de Estados Unidos. Por una confluencia de factores que detallo en el libro, la actuación mexicana afectó profundamente a los judíos estadounidenses.

Las manifestaciones no desahogaron la indignación popular, sino que, al contrario, la enardecieron, y fueron seguidas por numerosas cartas de protesta enviadas a las representaciones de México en Estados Unidos y al presidente Echeverría en lo personal. La cantidad de pronunciamientos que se distribuyeron para firmas colectivas fue mínima. La gran mayoría fueron misivas manuscritas por hombres y mujeres individuales, y las hubo incluso de niños menores de doce años.

El voto mexicano había producido una reacción inesperada en Estados Unidos, donde las masas judías iniciaron un boicot contra México, una reacción visceral y apasionada hacia lo que percibieron como una traición de un país amigo.

En mi investigación estudio el huracán que se formó en la reacción pública en Estados Unidos y el boicot turístico que azotó a México en las vacaciones decembrinas. También afirmo de manera conclusiva que el origen del boicot fue popular.

De hecho, este boicot fue la primera muestra del “poder de las masas de la comunidad judía de Estados Unidos”, su *“people power”*. En el libro expongo los motivos por los cuales hubo una respuesta tan apasionada y vehemente de los hombres y mujeres de a pie, que de hecho incluyó a muchos estadounidenses no judíos, entre ellos también algunos de origen mexicano.

Eventualmente, las organizaciones judías de Estados Unidos se unieron al movimiento, asumieron el liderazgo, y supieron manejarlo para maximizar su provecho. Inversamente a lo asumido por algunos, la idea del boicot no surgió en la comunidad judía de México. Por el contrario, los líderes judíos mexicanos trataron sin éxito de detenerlo en numerosas ocasiones, pero, así como nunca tuvieron la proyección necesaria frente a su gobierno para incidir en el voto de México en la ONU, tampoco tuvieron el poder necesario frente a la comunidad judía de Estados Unidos para frenar las presiones a las que sometían a México.

Fue así como, en diciembre de 1975, a un mes de iniciado el boicot, llegó a México una comitiva de judíos de Estados Unidos, invitada para verse en privado con el presidente Echeverría para evaluar si detendrían o no el boicot a México. No fueron los judíos de México quienes consiguieron la entrevista, fue el mismo Echeverría quien la solicitó, hasta que ellos aceptaron venir. Uno de los momentos más emocionantes de mi trabajo de investigación, fue cuando conseguí la transcripción literal completa de este encuentro extraordinario que duró más de tres horas.

En el libro examino la entorpecida actuación de México, el cese del boicot, y finalmente el efecto tan importante que este proceso tuvo para el desarrollo político de la comunidad judía mexicana, pues sirvió como catalizador para establecer una relación con el gobierno basada en la institucionalidad, así como un trato más igualitario con la comunidad judía de Estados Unidos.

En efecto, el voto de México acerca del sionismo fue un evento trascendental para todos aquellos que intervinieron en él: además de truncar la carrera política del canciller Emilio O. Rabasa, el boicot comenzó “una nueva era” en las relaciones entre los judíos y el gobierno en México, pues la comunidad judía demostró que a pesar de contar tan sólo con 35,000 miembros, podía ser un interlocutor valioso que velaba por los intereses del país. Por lo tanto, paradójicamente, el boicot fue un paso importante hacia una ciudadanía completa para la comunidad judía mexicana.

Este episodio de la historia mexicana no pasó inadvertido antes de que yo lo trabajase, pero nunca había sido estudiado ampliamente. Cuando yo comencé a tratar el tema, incluso muchos recordaban el suceso, y ello provocó una situación extraña: por un lado, la cuestión parecía estar concluida, fija en la memoria colectiva como parte de nuestros mitos populares. Expertos en historia judía me aseguraron que no había nada más que escribir al respecto, pues ya existían dos artículos académicos, y el asunto simplemente no daba para más.

Por otro lado, no había una reconstrucción cabal de lo sucedido. Además, como sabría después de la investigación, parte de lo que se creía conocer, era discutible. Mi estudio se vio enriquecido por la labor de aquellos que me antecedieron, pero logré llegar a una comprensión más profunda y a conclusiones innovadoras gracias a las fuentes que utilicé y a los métodos que seguí para su mejor aprovechamiento.

En efecto, mi investigación tomó más tiempo del anticipado -como sucede con cierta frecuencia- pero gracias a ese retraso, pude beneficiarme del avance tecnológico que acompañó a esos largos años y que tuvo un impacto directo y valiosísimo en mis resultados.

Lo que quiero compartir en este texto son los recursos a los que tuve acceso para mi investigación gracias al desarrollo inaudito de internet y computación que acompañó a mis jornadas de trabajo.

Cuando nos referimos a recursos tecnológicos digitales para el trabajo de historiador, hay mucho de qué hablar, y el tema excede a un artículo. Escribiré principalmente acerca de las nuevas fuentes de información disponibles y a la manera de clasificar, organizar y utilizar la información. Aspectos del quehacer histórico que, si bien parecerían ser únicamente técnicos, tienen un fuerte impacto en el producto final. Pues en el trabajo histórico, los métodos de búsqueda, así como de almacenamiento y clasificación de la información recabada, no son meras herramientas, sino que tienen una influencia de la mayor importancia en el resultado de la investigación.

Importa mucho si un archivo es frío o no. Si es oscuro o luminoso, cerrado o sin inventario, porque estas “simples” circunstancias determinan efectivamente qué hechos históricos pueden corroborar los investigadores y afectan por lo tanto también a la reflexión y conceptualización de su trabajo (Friedrich *et al.*, 2017: 3-13).

De igual manera, los medios con los que contamos para trabajar un archivo son de inmensa importancia. Imaginemos lo que sería pasar un día entero en una riquísima colección documental, pero sin contar siquiera con lápiz y papel para tomar notas. Naturalmente este es un ejemplo llevado al extremo, pero sirve para ilustrar lo indispensable que son los medios para recabar eficientemente los datos hallados.

Más adelante presentaré un resumen de los métodos de investigación más comunes actualmente, y describiré mi propio trayecto, pero me parece importante comenzar con un recuento del origen de las prácticas que nos parecen tan naturales, y que sin embargo fueron revolucionarias cuando se iniciaron.

### **Brevísimo recuento de los métodos modernos de investigación en historia**

Las fichas, los índices e inventarios no han sido muy estudiados por su presencia aparentemente incuestionable. Sin embargo, es mucho lo que pueden revelar acerca de las nociones cambiantes de evidencia, hechos, objetividad, la práctica de la investigación histórica y las ideas implícitas acerca de historia que ésta conlleva. Recientemente se han realizado estudios acerca de la erudición decimonónica que muestran la influencia duradera de los métodos utilizados para la investigación, entre ellos los archivos y las fichas o tarjetas (Friedrich et al., 2017: 3-13; Trüper, 2007: 82-104; Donato, 2017: 79-100).

En esta reflexión, para efectos prácticos, trataré de abarcar dos grandes temas de las técnicas de trabajo: el “dónde” encontrar la información, y el “cómo” procesarla.

A finales del siglo dieciocho en Francia, el conde de Volney, experto en historia antigua y cronología, consideraba que, así como el astrónomo acudía al observatorio, y el naturalista al jardín botánico, de la misma forma el historiador debía encontrar todo el material para su trabajo en las bibliotecas, en los libros (Volney, 1994; *apud* Donato, 2017: 79-100).

El cambio vino en las décadas alrededor de 1800, consideradas la época fundacional de la historiografía moderna y profesional. Es en esta época cuando el estudioso de la historia comenzó a acudir a los archivos y la abundancia de información disponible en ellos produjo nuevos métodos de clasificación de lo encontrado.

María Pía Donato exploró la práctica de la investigación histórica en relación con la gestión de archivos a finales de los siglos dieciocho y diecinueve, centrándose en la Francia revolucionaria e imperial, cuando los archivos franceses sufrieron una alteración sin precedentes: en efecto, entre los años de 1808 y 1814, estos repositorios se fusionaron en un nuevo *Paláís des Archives* y los archivos históricos de Europa se transportaron a París para formar un depósito imperial central.

La gestión, clasificación y uso de documentos de archivo siguió la noción de la historia como ciencia social y disciplina empírica analítica. Esto resultó en una forma peculiar de tratar a la masa de nuevas fuentes ahora disponibles en los *Archives de l'Empire*. De hecho, la práctica de la investigación histórica en los archivos franceses estuvo vinculada a una pequeña pero significativa innovación en la gestión de datos y la cultura material: el uso de fichas de archivo para extraer información de los documentos (Donato, 2017: 79-100).

El proceso de concentración de archivos comenzó como un acto de guerra durante la ocupación militar de Viena en 1809. Fue una estrategia de Napoleón para moderar la oposición del Papa Pío VII a su régimen. En un inicio, tuvo predominantemente un alcance fiscal y administrativo, pero evolucionó rápidamente hacia un plan mucho más amplio de reunificación. Daunou, el jefe de los archivos, la llamó “una vasta colección europea de documentos” en París (Taillandier, 1841), un plan que se persiguió persistentemente hasta la caída de Napoleón (Potin, 2010: 91-99; *apud* Donato, 2017: 79-100; Donato, 2015: 81-102).

Como lo diría pocos años después el historiador francés Jules Michelet:

El Sr. Daunou fue el verdadero fundador de los Archivos, y en su tiempo los Archivos de Francia se convirtieron en los del mundo. Fue un tiempo glorioso para los Archivos. Mientras que el señor Daru abría los misteriosos depósitos de Venecia por primera vez, el señor Daunou recibía el botín del Vaticano. De otros lugares, del norte y del sur, llegaron también al Paláis Soubise los archivos de Alemania, España y Bélgica. Dos de nuestros colegas fueron a apoderarse también de los archivos de Holanda (Michelet, 1833: 700-701; *apud* Donato, 2017: 79-100).

Las cantidades de documentos que llegaron a París fueron abrumadoras. Era forzoso poner orden y simultáneamente averiguar qué contenían todas esas cajas, para que los archivos pudiesen ser utilizados. Para ello, fue indispensable crear nuevas maneras de colocación, clasificación, extracción y ordenación de la información.

El primer gabinete de tarjetas moderno temprano fue diseñado por el inventor inglés del siglo diecisiete Thomas Harrison (c. 1640). Harrison describió su hechura de un pequeño mueble que permitía a los usuarios extraer libros y archivar sus notas en un orden específico adjuntando hojas de papel a ganchos de metal etiquetados por títulos de materias. El sistema de Harrison fue editado y mejorado por Vincent Placcius en su manual sobre métodos de citar y resumir en 1689, y se sabe que el sabio alemán Leibniz se basó en la invención de Harrison en al menos uno de sus proyectos de investigación (Malcolm, 2004: 220-221).

Aun así, comúnmente se reconoce a Carl Linnaeus, un naturalista sueco del siglo dieciocho que formalizó la nomenclatura binomial, como el "inventor de la ficha". Lo hizo para enfrentar la sobrecarga de información que se produjo a partir de los descubrimientos de ultramar, un gran reto para los científicos. Staffan Müller-Wille, del Centro de Historia Médica de la Universidad de Exeter, estudió el método de procesamiento de datos de Linnaeus.

Müller-Wille explica que cuando Linnaeus iba a publicar su libro sobre la clasificación de minerales y seres vivos, se enfrentó con el problema de cómo organizar la información con un orden fijo, para que pudiera ser encontrada con facilidad, pero que al mismo tiempo le permitiera integrar permanentemente nuevos datos en ese mismo orden. Su solución fue mantener la información sobre temas particulares en hojas separadas, que podrían complementarse y reorganizarse. Hacia el final de su carrera, a mediados de la década de 1760, Linnaeus llevó esto más allá e inventó una herramienta de papel que desde entonces se ha vuelto muy común: las fichas. Si bien estas se almacenan en un orden convencional fijo, a menudo en orden alfabético, es posible recuperarlas y barajarlas a voluntad para actualizar y comparar información en cualquier momento (BSHS, 2009).

En efecto, los estudios más recientes han demostrado que los eruditos de la época solían utilizar tiras de papel, con un formato más o menos regular, como ayuda preliminar. Las hojas sueltas también se usaban habitualmente en los archivos, como en el *Spogli Diplomatico de Florencia* (eventualmente encuadrado en volúmenes) (Marsini, 1998: 160-161; *apud* Donato, 2017: 79-100), y en el *Schedario* de los Archivos Secretos de Giuseppe Garampi en Roma, que equivalía a varias cajas de hojas de papel (todas llevadas a París en 1810) (Gualdo, 1989; *apud* Donato, 2017: 79-100). Y, como mencionamos, las tarjetas fueron ideadas por naturalistas como Carl Linnaeus, Albrecht von Haller y Antoine-Laurent de Jussieu, bibliógrafos como François Rozier e historiadores como Johann Christoph Gatterer (Blair, 2010; Gierl, 2012: 187-216; Müller-Wille y Charmantier, 2012: 4-15; *apud* Donato, 2017: 79-100). El proyecto de Daunou fue todavía más innovador si se tiene en cuenta que se basaba en un formato que, aunque ya existía, era poco habitual en la época.

El archivista Daunou tenía ideas claras sobre cómo proceder con los tesoros que recibió en París, y nos dejó lo que posiblemente es la primera instrucción metodológica por escrito de cómo hacer una ficha de trabajo para una investigación histórica:

Hemos preparado cuadrados regulares de papel que serán distribuidos a los miembros de la comisión. Al abrir cada caja, se debe escribir en uno de los papeles cuadrados el número de caja y la lista rápida de los artículos que contiene... Luego, usando un cuadrado para cada elemento que hay en la caja, se debe describir el elemento... Cada nota debe indicar el número de caja y el número de pieza. Debe contener la descripción y el análisis del artículo e incluso la transcripción de las líneas que parezcan importantes, es decir, aquellas que revelen hechos históricos que aún no se conocen y que son dignos de serlo (Taillandier, 1841; *apud* Donato, 2017: 79-100).

Las explicaciones de Daunou describen algo que era a la vez un inventario, un registro, un índice y, lo más importante para nuestro tema, una colección de datos extraídos de la materia prima del archivo.

Daunou, que había sido bibliotecario durante años y era un experto en bibliografía, puede haberse inspirado en alguno de los sistemas de gestión de información descritos (Riberette, 1970; Hopkins, 1992: 378-404; Denis y Lacour, 2016; *apud* Donato, 2017: 79-100). Sin embargo, el uso dado por Daunou iba más allá: buscaba imponer uniformidad en la información recopilada por los archivistas que manejaban material extremadamente diverso. La homogeneidad lograda permitía crear una especie de meta archivo, más flexible que el real, porque posibilitaba reclasificar los artículos en secciones temáticas, extrayendo y fusionando, desplegando, seleccionando, reordenando cronológicamente y reformulando con facilidad según el tema. Además, contenía hechos históricos que habían sido “extraídos y objetivados más allá de la azarosa variedad de documentos históricos reales”. Como tales, podían ser usados con el propósito de escribir historia (Donato, 2017: 79-100).

Las consecuencias prácticas del método de Daunou son mixtas. Por un lado, los archivos fueron usados principalmente para la obtención de *pièces justificatives*, es decir respaldo documental para objetivos políticos o administrativos específicos. También fue problemático el enfoque excesivo en los hechos a secas (los archivistas podían transcribir texto, pero casi nunca lo hacían), lo que produjo poco avance en la comprensión de estos hechos o en la causación histórica. Finalmente, la elaboración colectiva de las tarjetas no fue objetiva ni uniforme, porque a pesar de todas las instrucciones de Daunou, los compiladores reflejaron en sus fichas sus opiniones y preferencias propias (Daston, 2001: 745-770; *apud* Donato, 2017: 79-100).

El cúmulo de información extraído por Daunou y su equipo no fue de gran utilidad para que otros pudiesen escribir historia, pero sus métodos llegaron para quedarse. Además, las desventajas de este primer gran paso fueron remediadas con un cambio en el vínculo entre el historiador y sus fuentes que dio origen a una nueva historiografía. El ideal se volvió aquel del profesional de la historia trabajando en los archivos por sí mismo, para “resucitar” al pasado a través de su relación directa e íntima con las fuentes. Este cambio es evidente en las notas personales del historiador alemán Leopold von Ranke (Wimmer, 2015: 48-65; *apud* Donato,

2017: 79-100).<sup>2</sup> Llegamos con ello a la creación de la historia moderna occidental, basada en primeras fuentes, rescatadas de los archivos e interpretadas por el historiador, que se atribuye por lo general a Jules Michelet en Francia y Leopold von Ranke en Alemania.

Si bien los objetivos buscados al investigar y escribir historia -así como las formas de interpretar al pasado- han cambiado desde la época de Ranke y Michelet, los métodos del oficio del historiador siguen siendo sorprendentemente similares hasta el día de hoy.

### **El historiador hoy**

Es evidente que los métodos de investigación histórica son de una importancia incalculable, pues estas prácticas de conocimiento informan y forman muchos aspectos esenciales de las pesquisas históricas (Zedelmaier y Muslow, 2001; Becker y Clark, 2001; *apud* Friedrich *et al.*, 2017: 3-13), desde el establecimiento de hechos en el proceso de acopio de las fuentes, el estudio y análisis del material y su interpretación, hasta la plasmación del resultado de nuestro trabajo en un texto.

Siendo que la investigación histórica ha sido clasificada generalmente dentro de las humanidades, como tal, a veces parece desdeñar la tecnología nueva. De ahí la lealtad a los métodos de antaño y la reticencia de muchos historiadores de hoy para aventurarse en un mundo digital que les provoca temor y desconfianza. Aun así, algunas herramientas de la era de computación contemporánea son casi universales. Por ejemplo, hoy en día preparar un texto sin el apoyo de un procesador de palabras sería inaudito. Sin embargo, los adelantos disponibles que podrían ser utilizados son muchos más.

Lara Putnam publicó en el *American Historical Review* del 2016 los hallazgos de su investigación acerca de historiadores y el uso de la tecnología (Putnam, 2016: 377-402). Putnam envió una encuesta a una muestra de profesionales de la historia incluidos en el Directorio de Departamentos de Historia del *American Historical Association* en el otoño de 2015. Ésta fue respondida por 1266 individuos. Las respuestas representaron una sección transversal de la profesión en estados Unidos, pues abarcaron varias generaciones, rangos y especializaciones. Para rastrear los cambios en el uso de tecnologías particulares

---

<sup>2</sup> Es impresionante que sus fichas son tan diferentes aun cuando Ranke compartía con Danou algunos principios importantes. Por ejemplo, ambos tomaban como absolutamente fidedignas todas las comunicaciones diplomáticas.

para la investigación y la enseñanza, la encuesta reprodujo en gran medida un conjunto de preguntas enviadas a los historiadores en 2010, para obtener así dos puntos de datos con cinco años de diferencia.

El estudio mostró que los historiadores mayores de 40 años habían experimentado una revolución en la forma en que hacían su trabajo, gracias a la introducción de herramientas digitales aparentemente mundanas (incluyendo herramientas de búsqueda en línea y bibliografías, así como cámaras digitales). Pero a pesar de que las prácticas de investigación y escritura cambiaron, Putnam señaló que solo una pequeña parte del profesorado estaba utilizando herramientas digitales para abrir nuevas áreas y formas de investigación. Una indagación reciente de la facultad del Departamento de Historia respalda esas afirmaciones: incluso cuando los historiadores buscan y reúnen información de nuevas maneras, su trabajo todavía se limita en gran medida a la evidencia documental tradicional (Townsend, 2017).

Putnam halló que casi todos los historiadores usan bases de datos respaldadas por bibliotecas, por lo menos algunos archivos en línea y cámaras digitales. Pero estas fueron las únicas tres categorías en las que más del 80% de los sujetos encuestados informaron que utilizaron instrumentos particulares para la investigación. Más allá de estas, hubo una fuerte caída en las cifras que indican la adopción de otro software y herramientas. La mitad de los individuos que habían participado en una investigación activa usaban programas para hoja de cálculo, pero menos del 40% de los historiadores encuestados informaron que usaban otros tipos de instrumentos, incluido el software para citas bibliográficas, las bases de datos y programas de edición de imágenes (Putnam, 2016: 377-402).

Generalmente se tiende a resaltar dos problemas sobre el uso de herramientas digitales: la falta de apoyo institucional para adquirirlos y brindar capacitación para su uso, por un lado, y la reticencia de los historiadores más veteranos a adoptarlas, por el otro. Las respuestas registradas aportaron cierta evidencia de lo primero, pero muy pocas pruebas del segundo argumento.

Parece ser que la edad no es un factor determinante. En general, hay altos niveles de desconfianza y precaución, y en esta medida, la diferencia entre los grupos de edad entre los historiadores no es significativa. Uno de los entrevistados afirmó: “A pesar de que soy un académico relativamente joven, pienso que las nuevas tecnologías son intimidantes” (Putnam, 2016: 377-402).

Un poco más de un tercio culpó a la aparente falta de utilidad para su investigación como una razón para la resistencia a adoptar nuevo software. Como observó un encuestado: “Por lo general, me gusta la forma en que hago las cosas y no quiero invertir potencialmente mucho tiempo aprendiendo algo que no es tan bueno como lo que hago actualmente” (Putnam, 2016: 377-402).

En resumen, la adopción de las tecnologías digitales por parte de los historiadores ha sido muy gradual, pero ello se debe a múltiples factores. La falta de recursos y de conciencia de cómo las tecnologías pueden ayudar en su investigación son importantes, así como también lo son las prácticas anticuadas y el miedo al cambio.

Cabe agregar un asunto fundamental, pues la barrera principal para la adopción de herramientas tecnológicas parece estar ligada a las demasiadas exigencias simultáneas sobre el tiempo de los académicos. Casi el 60% citó la falta de tiempo para aprender nuevos programas y nuevas tecnologías como la razón principal de su adopción tan lenta (Putnam, 2016: 377-402).

Ciertamente, si contemplamos lo que ha logrado la combinación de “historia y computación”, los resultados son muy decepcionantes. Y ello no es porque la computación no hizo lo que pretendía hacer, que era proporcionar a la escritura de la historia instrumentos computarizados y métodos que los historiadores pudieran usar para ampliar las posibilidades y mejorar la calidad de su investigación, sino porque el oficio de la historia no ha reconocido muchas de las herramientas que ha creado la computación y que le serían de gran utilidad (GESIS, 2012).

### **Mi trabajo y algunas sugerencias**

Usando mi trabajo para *Boicot* como un estudio de caso, quisiera demostrar cómo las fuentes primarias y secundarias disponibles en el *world wide web* pueden contribuir a enriquecer enormemente toda investigación histórica, y cómo las herramientas digitales de manejo de la información recabada agilizan su manejo, permiten extraer lo más posible de ella y ayudan a realizar un análisis más amplio y profundo. En *Boicot*, traté de reconstruir un evento del que se creía saber mucho, pero del que no se sabía casi nada a ciencia cierta. Eso implicó una búsqueda intensiva en archivos para encontrar las pistas. Tuve la suerte de

tener acceso a archivos tradicionales invaluable, como las Actas del Comité Central Israelita, hoy alojadas en el Centro de Documentación e Investigación Judío de México (CDIJUM).<sup>3</sup>

Las actas de Comité Central ya habían sido estudiadas con respecto al boicot turístico, mas no así los demás archivos que utilicé. Las organizaciones judías estadounidenses poseen archivos que me aportaron información importante, especialmente los del *American Jewish Committee (AJC)*, *Hadassah* y *Yeshiva University*, todos ellos en Nueva York. Gracias a que Sergio Nudelstejer (secretario general del Comité Central en 1975) era simultáneamente el representante en México del *American Jewish Committee*, pude tener acceso a toda su correspondencia en el archivo del AJC, pues, aunque el archivo personal de Sergio Nudelstejer está en México y pertenece al CDIJUM, aún no ha sido catalogado.

Fue tan impactante la experiencia vivida con el voto de sionismo-racismo que Emilio O. Rabasa, secretario de relaciones exteriores de México; Patrick Moynihan, delegado de Estados Unidos en la ONU; y Jaim Herzog, delegado de Israel en la ONU, le dedicaron amplia atención en las autobiografías que publicó cada uno de ellos con sus memorias.

Todas estas fuentes fueron importantísimas, pero de ninguna manera hubieran sido suficientes para mi proyecto.

Afortunadamente, como ya mencioné, mi investigación duró más de lo anticipado, lo cual tuvo muchos inconvenientes, pero también grandes ventajas. Fue así como el tiempo me obsequió tres elementos esenciales para mi libro: la desclasificación gubernamental de más archivos y la disponibilidad de ellos a través de internet; la facilidad de acceso a las fuentes virtuales, y el desarrollo de herramientas que me permitieron manejar la enorme cantidad de información que los repositorios digitales me ofrecieron.

Comenzando con los archivos tradicionales gubernamentales en México, muchas de las fuentes que eran inaccesibles cuando comencé a investigar, paulatinamente fueron abiertas a la consulta. En efecto, la Secretaría de Relaciones Exteriores desclasificó los expedientes mexicanos sobre la Conferencia del Año Internacional de la Mujer (de junio de 1975), que fue un antecedente de enorme importancia para el voto de México; también se abrieron a consulta los expedientes sobre el boicot turístico; así como las

---

<sup>3</sup> Cabe resaltar que el CDIJUM cuenta también con una colección importante de hemerografía judía mexicana en yiddish, una fuente que todavía falta explorar.

comunicaciones de la Cancillería mexicana con sus embajadas en el extranjero, al igual que las numerosas cartas que recibió el presidente Echeverría de niños y adultos de Estados Unidos, reclamándole el sufragio y declarando el boicot.

Además, tuve la fortuna de que algunos gobiernos y organizaciones privadas pusieron sus documentos a la disposición de los investigadores de todo el mundo a través del internet. Mi trabajo es “hijo de su tiempo” en más de una forma: a la par de que bebí de las influencias historiográficas contemporáneas que influyen en todo historiador, estoy convencida de que, sin internet, nunca hubiese logrado obtener un acervo tan amplio y rico como el que adquirí, a veces sin necesidad de moverme de mi oficina. Es cierto que hubo archivos a los que tuve que viajar para consultar, pero muchos de los que tuve a la mano, a través de mi computadora, resultaron ser cruciales. Todo indica que esta tendencia se acelerará aún más en el futuro; esperemos que con el tiempo los archivos latinoamericanos también se incorporen a ella.

En 2010, *WikiLeaks*<sup>4</sup> puso a mi alcance inmediato todas las comunicaciones secretas del Departamento de Estado de Estados Unidos, lo que provocó una verdadera explosión de información para mi investigación. Irónicamente, a pesar de que los *National Security Archives* son los poseedores oficiales de los documentos gubernamentales estadounidenses, es mucho más fácil localizar y trabajar los documentos a través de *WikiLeaks*.

Entre las fuentes que consulté en *WikiLeaks*, están las comunicaciones del Departamento de Estado de Estados Unidos, donde merece una mención el embajador estadounidense en México en 1975, Joseph J. Jova, quien tuvo relación directa con Echeverría, con Rabasa y otros funcionarios mexicanos; así como con Sergio Nudelstejer, con Henry Kissinger, con el Departamento de Estado y con los embajadores de Estados Unidos en diversos países. Afortunadamente para mí, J. J. Jova, era un hombre muy perceptivo, que mandaba reportes inteligentes, extensos y divertidos a sus superiores. Revisé todos sus mensajes, pero no me aburrí, gracias a su talentosa pluma. Jova se enteraba de los pormenores de los asuntos por fuentes diversas, y lo escribía todo. Sus comunicaciones sagaces, perspicaces y cuantiosas son el sueño de todo historiador.

---

<sup>4</sup> *WikiLeaks* es una organización internacional sin fines de lucro que publica filtraciones de noticias y medios clasificados proporcionados por fuentes anónimas. Comenzó en 2006 en Islandia, y en 2015 declararon haber llegado a publicar en línea 10 millones de documentos. Julian Assange generalmente es descrito como su fundador y director y actualmente lucha contra la extradición a los Estados Unidos por su trabajo con *WikiLeaks*.

Gracias a *Wikileaks* supe de las reuniones en las que el presidente Echeverría habló sobre el voto mexicano con el embajador Jova y de los intentos desesperados del régimen por detener el boicot, entre muchos detalles más, algunos trascendentales para mi investigación.

En *WikiLeaks* leí más de dos mil comunicaciones del embajador Jova y de otros miembros del servicio exterior norteamericano. Todas las comunicaciones eran en inglés, y mi libro es en español. *Google Translate* me fue de gran utilidad para hacer una primera traducción cuando quería citarlo textualmente, que fue con cierta frecuencia. Naturalmente, siempre revisé y tuve que hacer correcciones muy frecuentemente, pero ahorré mucho tiempo teniendo una primera versión con tanta facilidad.

Recuerdo en mis primeras investigaciones, cuando acudía a la hemeroteca para la consulta de publicaciones periódicas; era un trabajo muy interesante, pero consumía mucho tiempo. Esta vez busqué las fuentes hemerográficas en internet. Los periódicos y revistas disponibles son casi innumerables, se pueden visualizar en formato original y además es posible realizar búsquedas detalladas.

Es pertinente hacer una advertencia acerca de los archivos en línea. Acudir a sitios oficiales de archivos institucionales es lo más confiable, pero también hay mucha información valiosa fuera de ellos, en la gran *web*. Sin embargo, debemos tratar esas fuentes con el cuidado necesario. Hay documentos falsos en internet, y adicionalmente está el peligro de la descontextualización.

Decíamos que las características físicas de un archivo influyen en todo trabajo: afecta si hace frío, o es oscuro, si hay espacio para trabajar, e incluso si el archivista es amable o si le agradamos o no. Yo consulté un número gigantesco de fuentes en la comodidad de mi estudio desde múltiples lugares, y siempre en el horario que me era conveniente. Me parece indiscutible que estas facilidades influyeron en la cantidad de documentos que pude revisar, lo que tuvo un impacto extraordinariamente benéfico en mis resultados.

Gracias al amplísimo acceso a archivos en internet, la suma de información con la que contaba yo era abrumadora. Trabajarla con base en fichas o tarjetas de papel hubiera consumido un tiempo inmenso y además hubiera sido muy ineficiente.

Hacía años que buscaba yo una herramienta en computadora que me permitiese un manejo más eficaz de mis fichas, pero a pesar de varios intentos previos, nada había funcionado suficientemente bien.

Afortunadamente, simultáneamente a mi hallazgo de amplísimas fuentes documentales, encontré una base de datos apropiada para la investigación histórica. La menciono por nombre porque el propósito de este ensayo es compartir mis hallazgos con quien le sean de utilidad, pero no es el único programa que existe (mencionaré también otras opciones).

*SuperNotecard* fue el programa que me permitió realizar una extracción rápida y sumamente eficaz del material consultado. Utiliza tarjetas de notas virtuales para capturar hechos, citas y fuentes para ayudar a organizar proyectos de escritura complejos. Permite crear un esquema arrastrando tarjetas por la pantalla, de manera parecida a cuando reorganizamos nuestras fichas de papel, y también nos deja visualizar instantáneamente todo el material por fuente, tema, o cualquier otro parámetro. Además, a medida que el trabajo evoluciona, *SuperNotecard* exporta la transcripción ordenada a *Google Docs* e incluye automáticamente una bibliografía formateada.

*SuperNotecard* se basa justamente en la técnica del uso de tarjetas de 3 x 5 pulgadas tan ubicuas en el trabajo de investigación. Los historiadores llevamos doscientos años usando fichas para registrar hechos, anotar ideas o transcribir citas textuales, para luego organizarlas. El proceso organizativo incluye barajar el orden de las cartas, categorizar las cartas y crear manualmente relaciones entre las cartas. Algunos investigadores desarrollamos “trucos” personales y usamos bandas elásticas, plumones o tarjetas de colores. La intención de programas como *SuperNotecard* es llevar este mismo enfoque tradicional a la era de la computación y magnificar sus bondades al máximo. Existen otros softwares como *Zotero*, *DEVONthink* y *OneNote*. Vale la pena explorarlos bien antes de elegir alguno, porque lo más conveniente a largo plazo es conservar el mismo sistema a través de los años para nuestros distintos proyectos.

Las tarjetas digitales permiten usar cada ficha como si fuera un documento de *Word*, con todas sus ventajas: negrita, itálica, modificar tamaño de letra, cambiar tipografía, subrayar, delinear, tachar, cortar, pegar, colorear el texto, introducir listas, numerar los párrafos, alinear, introducir tablas, imágenes, dibujos, etc. etc.

Además de que cada una de las tarjetas constituye un documento de *Word* por sí misma, las fichas virtuales son tremendamente manipulables. Cada ficha es referenciada a su fuente con un solo “clic”. Pueden ser agrupadas en pilas, coloreadas, categorizadas, copiadas o “arrastradas” de un lugar al otro, con una gran facilidad.

Anteriormente, la mayoría de las fuentes del historiador eran documentos materiales, de los cuales se transcribían los datos relevantes para la investigación en curso. Actualmente, aun en los casos en que contamos con el papel en sí, tomar las notas o transcribir citas es mucho más eficiente en tarjetas digitales. Pero, además, como describí anteriormente, hoy en día muchos de los documentos que el historiador consulta nunca llegan a sus manos físicamente, pues accede a ellos desde su computadora, ya sea como textos, PDF o imágenes. En esos casos es todavía más útil usar una base de datos digital, pues ahí se pueden copiar y pegar directamente del original, y también se pueden incorporar vínculos que enlacen de manera inmediata con la página de internet donde se encuentra lo referido.

Cuando yo usaba tarjetas de papel, generalmente “fichaba” todo aquello que había en un documento, y más tarde necesitaba catalogarlo donde correspondía. Desde que comencé a usar las tarjetas digitales, cada vez que extraía información relevante la ubicaba donde correspondía, y si me parecía que era pertinente recordarla en varios sitios, la reproducía las veces necesarias. Ese esfuerzo de clasificación inmediato exige cierta reflexión acerca de la utilidad de la ficha, que incide también en la selección que hacemos al investigar y actúa en beneficio de la coherencia del trabajo y del tiempo necesario para hacerlo. Y ya sabemos que éste siempre falta.

Gracias al acceso a los archivos en internet, y a la facilidad de elaborar fichas en los programas de tarjetas virtuales, podemos acumular una cantidad enorme de datos. Efectivamente, es posible descargar en una tarde más información de la que algunos estudiosos adquirieron en toda su vida (Cantwell, 2015). Para mí fue por ello esencial poder categorizar lo recabado: elaboraba tarjetas digitales, las acomodaba en pilas, las coloreaba, las marcaba señalando su importancia e incluso con un pequeño “termómetro” indicaba cuando se trataba de algo esencial. En cada tarjeta anotaba la referencia, y cuando se trataba de libros, señalaba dónde los había yo conseguido, para poder regresar a ellos con facilidad. Una vez utilizada la información en mi texto, le ponía una marca a la tarjeta. Al final, hice “montoncitos” con todas las fichas que no utilicé, para el futuro.

¿Cuántas veces hemos buscado un dato que sabemos haber visto, que estamos seguros de haber anotado en una tarjeta y que necesitamos desesperadamente pero no logramos localizar? Con las fichas digitales el problema desapareció, y esto me salvó de muchos apuros en diversas ocasiones.

Otra gran ventaja que aproveché fue la portabilidad de mi archivo digital. En las épocas globales en las que vivimos, fue una maravilla poder desplazarme en la ciudad e incluso viajar donde necesitase, llevando siempre conmigo la totalidad de mis fichas.

Yo comencé a usar *SuperNotecard* de manera intuitiva, sin estudiar el programa, porque, así como se queja la mayoría de los historiadores, yo tampoco “tenía tiempo”. No lo uso al máximo de sus capacidades, pero lo que tengo ya es infinitamente más poderoso que una caja con fichas. Para quienes les cuesta trabajo aprender nuevos métodos, o quieren aprovechar al máximo todas las posibilidades que presentan, todas las aplicaciones de este tipo cuentan con tutoriales en línea.<sup>5</sup>

Cabe mencionar que estos programas tienen una gran variedad de elementos que se pueden combinar de la manera que mejor se adapte a cada objetivo. No todas las características son relevantes para todos los proyectos. Es decir, no existe una forma correcta de utilizar estas herramientas; más bien, hay muchas formas de usarlas y diversas maneras de aprovechar sus capacidades para mejorar el proceso de investigación.

Tampoco es necesario ser “purista”. A muchos pueden funcionarle mejor un sistema híbrido que combina cuadernos o fichas de papel con recursos digitales. Incluso, algunas fuentes es mejor estudiarlas impresas, porque preferimos subrayar o anotar en el texto mismo. Lo mejor es hacer una mezcla de sistemas según se adapte mejor a nuestras personalidades y al proyecto específico que estamos trabajando.

Como escribió Chris Cantwell, “así como no existe un único método de investigación perfecto y general, no existe un único flujo de trabajo digital “correcto”. El flujo de trabajo que elijas dependerá de tus inclinaciones como investigador y de los tipos de materiales que utilices” (Cantwell, 2015). Ciertamente, aunque las formas que toma el oficio del historiador pueden ser nuevas, los principios que lo guían son muy antiguos. Al final, una buena labor digital se reduce a dos actividades en las que los historiadores se han involucrado desde hace muchos años: administrar nuestras fuentes y organizar nuestras citas.

---

<sup>5</sup> Por ejemplo, para *SuperNotecard* <https://www.supernotecard.com/tutorials/quick-start-guide/> para *DEVONthink* for historians, <https://www.devontechnologies.com/blog/20210824-avigail-oren-ada-barlatt> , para *OneNote* <https://www.youtube.com/watch?v=JEJZbjcMkeU> , para *Zotero* [https://www.youtube.com/watch?v=JG7Uq\\_JFDzE](https://www.youtube.com/watch?v=JG7Uq_JFDzE)

Y al igual que en una investigación realizada con papel y pluma en los archivos, hay un momento en el que todo historiador debe detenerse y comenzar a escribir. El pintor judeomexicano Eduardo Cohen solía señalar que toda obra de arte no se concluye, se abandona. Creo que puede decirse lo mismo acerca de los trabajos de investigación histórica. Eso es todavía más cierto en nuestra época, caracterizada por la abundancia abrumadora de recursos. Debemos ser prudentes y detener la búsqueda en algún momento.

A pesar de que canto las odas de las tarjetas digitales, debo confesar que tienen sus riesgos. Las computadoras y los sistemas que las componen cambian con rapidez y se vuelven obsoletos. ¿Quién recuerda aquellos discos flexibles que pensamos serían eternos? Incluso las memorias USB ya no tienen entrada en modelos recientes de computadoras, porque todo se maneja a través de “la nube”. Y cuando se tiene la mala suerte de trabajar con un programa que de pronto deja de ser actualizado por sus programadores, uno se arriesga a tener un archivo fabuloso al que ya no puede acceder...

Debemos reconocer que mañana llegarán otros métodos que harán ver absurdos a los grandes avances de hoy. Basta leer este texto escrito en 1948, para aceptar con humildad que pronto todas mis recomendaciones pueden volverse inútiles:

En este trabajo se intentará describir dos técnicas de uso común en el mundo empresarial, así como sugerir algunas de las grandes ventajas que se obtienen de su aplicación a los problemas de investigación histórica. El primero es el sistema de tarjetas perforadas marginales llamado *Keysort*... El segundo es el sistema automático de clasificación y tabulación de tarjetas perforadas desarrollado por *International Business Machines Corporation* y por *Remington Rand Incorporated*.

El equipo involucrado... es muy simple. Consiste en una tarjeta con una serie de agujeros a lo largo de los márgenes, un punzón manual parecido al que usan los conductores de ferrocarril y una aguja clasificadora manual parecida a un picahielos alargado... Según el fabricante, es posible codificar hasta cuatro millones de clasificaciones diferentes que no entren en conflicto en un solo borde de la tarjeta de tamaño estándar (Lawson, 1948: 141-143).

En mi trabajo digital yo siempre tomo precauciones. Cuando escribí *Boicot*, frecuentemente hacía respaldos de mis archivos y los guardaba en memorias externas, por si acaso le sucedía algo a mi computadora. Incluso imprimí algunas veces todas mis tarjetas, para mi tranquilidad, y para poder esparcirlas en una mesa enorme en una última revisión de cómo había armado mi narrativa, porque me parece que ver las tarjetas

en distintos medios (por ejemplo, en la computadora y en la mesa) enriquece nuestro punto de vista y nos permite hacer conexiones que de otra manera podían haber pasado desapercibidas.

Es imperativo que los académicos cuenten con un sistema para crear múltiples copias de sus archivos en múltiples ubicaciones para su custodia, para prever cualquier contratiempo. Los espacios de almacenamiento basados en la nube, como *Dropbox* y *Google Drive*, funcionan muy bien para los archivos, pero también se debe pensar en obtener un programa que haga una copia de seguridad de todo el disco duro de su computadora y que también conserve la configuración de su software, y eso aplica también para sus trabajos con el procesador de palabras. Tanto *Mac* como *Windows* vienen preinstalados con programas llamados *Time Machine* y *Windows Backup and Restore*, respectivamente, y también se pueden comprar programas como *Mozy*, *BackBlaze* y *Spider Oak* para hacer una copia de seguridad de la computadora de forma remota a través de una conexión a Internet (Cantwell, 2015).

Mi análisis propone cómo hacer el oficio del historiador más productivo, más eficiente, más versátil y mejor, mediante el uso de la tecnología computacional. Sin embargo, es importante mencionar que el internet permite mucho más. Con los archivos digitales, los académicos pueden comenzar a emplear nuevos métodos de investigación, como la minería de textos, el modelado de temas y el análisis espacial, temas que abordan las “humanidades digitales”.

Por ejemplo, la minería de texto es el proceso de exploración y análisis de grandes cantidades de datos de “textos no estructurados” con la ayuda de un software que puede identificar conceptos, patrones, temas, palabras clave y otros atributos en los datos.

Definir al texto como “no estructurado” exige una explicación. Los datos estructurados son datos repetitivos que ocurren una y otra vez. Las transacciones bancarias, las reservas de aerolíneas, las ventas minoristas y los registros detallados de llamadas telefónicas son ejemplos clásicos de lo que se conoce como datos estructurados. En la mayoría de los casos, estos datos se crean como resultado de la ejecución de una transacción. Los datos estructurados encajan de manera fácil y ordenada dentro de un sistema de gestión de base de datos estándar. El texto, aunque parezca sorprendente, se conoce comúnmente como “datos no estructurados”. Naturalmente hay una estructura detrás del texto, pero éste no se considera estructurado desde la perspectiva informática, porque esa estructura es tan vasta, tan compleja y arcana, que la

computadora no puede entenderla. La computadora es capaz de comprender solo las estructuras más simples, y el lenguaje simplemente está más allá de sus límites. (Inmon, 2016).

Las humanidades digitales no son un campo unificado, sino más bien un conjunto de prácticas convergentes que exploran un universo en el que lo impreso ya no es el medio principal en el que se produce y difunde la información. En efecto, desafían la primacía del texto mismo, enfatizando los métodos gráficos de producción y organización de los hallazgos, el diseño como componente integral de la investigación, los entrecruzamientos entre diferentes medios y un concepto ampliado del conocimiento humanístico. También se caracteriza por un enfoque intensificado en la construcción de herramientas, entornos y plataformas transferibles para el trabajo académico colaborativo.

El mero uso de herramientas digitales con fines de investigación y comunicación humanísticas no califica como humanidades digitales, pues éstas buscan ir más allá de la construcción y edición de repositorios hacia nuevas prácticas sintéticas. Se inspiran en la misma convicción central que animó a las humanidades computacionales y a los primeros pioneros de esta área: la convicción de que las herramientas computacionales tienen el potencial de transformar el contenido, el alcance, las metodologías y la audiencia de la investigación humanística (Burdick *et al.*, 2016). Explorar estos métodos de investigación está fuera del alcance de este artículo, pero cabe mencionar que el proceso comienza con la transición de nuestras fuentes y datos a formatos digitales.

Ahora bien, no todos los historiadores optaremos por ser parte de las humanidades digitales, y eso me parece correcto. Lo que sostengo es que aun si conservamos los principios tradicionales del quehacer histórico, pero adoptamos el cambio de crear nuestras tarjetas en archivos digitales con base en los principios acostumbrados, aquello que podremos hacer con nuestros ficheros una vez digitalizados, es completamente nuevo.

A menudo enfatizamos lo "digital" cuando hablamos de desarrollar flujos de trabajo digitales, pero la realidad es que, en última instancia, todavía estamos realizando las tareas tradicionales de buscar nuestras fuentes, administrar nuestros archivos y organizar nuestras citas para construir una narrativa inteligible.

Las herramientas digitales pueden permitirnos hacer esto de nuevas maneras y a mayor escala, pero incluso el trabajo de más alta tecnología comienza con un historiador que considera cuidadosamente el objeto de

su estudio, evalúa sus fuentes cuidadosamente, las interpreta y arma con ellas un recuento del pasado que sea fiel a lo dicho por Voltaire, quien definió a la historia como “el relato de los hechos dados como verdaderos” (Donato, 2017: 79-100).

No debemos temer a la transformación. Hemos visto que a finales de los siglos dieciocho y diecinueve las técnicas de investigación histórica reemplazaron su tecnología para enfrentar de una mejor manera la abundancia de fuentes desencadenada por la apertura de los archivos. La historiografía ha pasado por muchos cambios y desarrollos. La distinción entre fuentes primarias y secundarias aún no cumple cien años (Schrag, 2021: 105-107), igual que el comienzo del uso de documentos de la más variada índole como fuentes primarias, en lugar de la utilización exclusiva de documentos oficiales de los archivos estatales. Sin embargo, la gran mayoría de los historiadores todavía adoptan herramientas digitales sólo cuando no hay otra forma de resolver un problema en su investigación (Townsend, 2017).

Ese es el paradigma que sugiero cambiar.

## Bibliografía

Becker, P. y Clark, W. (eds.). (2001). *Little Tools of Knowledge: Historical Essays on Academic and Bureaucratic Practices*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Blair, A. (2010). *Too Much to Know: Managing Scholarly Information before the Modern Age*. New Haven: Yale University Press.

British Society for the History of Science [BSHS] (2009). *Carl Linnaeus Invented The Index Card*. Publicado el 16 de junio de 2009. [www.sciencedaily.com/releases/2009/06/090616080137.htm](http://www.sciencedaily.com/releases/2009/06/090616080137.htm)

Burdick, A.; Drucker, J.; Lunenfeld, P.; Presner, T.; y Schnapp, J. (2016). *Digital Humanities*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.

Cantwell, Ch. D. (2015). *From Index Cards to Text Files: Digital Workflows for Today's Historian*. Publicado en noviembre de 2015. <https://www.oah.org/tah/issues/2015/november/from-index-cards-to-text-files-digital-workflows-for-todays-historian/>

Daston, L. (2001). Perché i fatti sono brevi?. *Quaderni storici* 108 (4), 745-770.

Denis, V. y Lacour P.-Y. (2016). La logistique des savoirs: Surabondance d'informations, savoirs d'archives et technologies de papier au XVIIIe siècle. *Genèse* 102 (March), 107-22.

Donato, M. P. (2015). Des hommes et des chartes sous Napoleon: Pour une histoire politique des archives de l'empire (1809–1814). *Annales Historiques de la Révolution Française* 382 (4), 81–102. DOI: <https://doi.org/10.4000/ahrf.13550>

Donato, M. P. (2017). A Science of Facts? Classifying and Using Records in the French Imperial Archives under Napoleon. *History of Humanities*, 2 (1), 79-100. DOI: <http://dx.doi.org/10.1086/690570>

Friedrich M.; Müller P.; Riordan M. (2017). Practices of Historical Research in Archives and Libraries from the Eighteenth to the Nineteenth Century. *History of Humanities*, 2(1), 3-13. DOI: <http://dx.doi.org/10.1086/690570>

GESIS – Leibniz Institute for the Social Sciences. (2012). *Historical Social Research / Historische Sozialforschung* 37 (3) (141), Controversies around the Digital Humanities. Consultado el 27 de octubre de 2022. <http://www.jstor.org/stable/41636613>.

Gierl, M. (2012). *Geschichte als präzisierte Wissenschaft: Johann Christoph Gatterer und die Historiographie des 18. Jahrhunderts im ganzen Umfang*. Stuttgart: Fromman-Holzboog.

Gualdo, G. (1989). (ed.). *Sussidi per la consultazione dell'Archivio Vaticano: Lo Schedario Garampi; I Registri Vaticani; I Registri Lateranensi; Le Rationes Camerae; l'Archivio Concistoriale*. El Vaticano: Archivio Segreto Vaticano.

Hopkins, J. (1992). The 1791 French Cataloging Code and the Origins of the Cards Catalog. *Libraries and Culture* 27 (4), 378-404.

Inmon, B. (2016). Why Do We Call Text “Unstructured”? *Upside. Where Data means Business*. Publicado el 28 de junio de 2016. <https://tdwi.org/articles/2016/06/28/text-unstructured.aspx>

Katz Gugenheim, A. (2019). *Boicot. El pleito de Echeverría con Israel*. México: Universidad Iberoamericana/Cal y Arena

Lawson, M. G. (1948). The Machine Age in Historical Research. *The American Archivist* 11 (2), 141-143. Consultado el 26 de octubre de 2022. <http://www.jstor.org/stable/40288654>

Malcolm, N. (2004). Thomas Harrison and his ‘Ark of Studies’ An Episode in the History of the Organization of Knowledge. *The Seventeenth Century*, 19 (2), 196-232, DOI: [10.1080/0268117X.2004.10555543](https://doi.org/10.1080/0268117X.2004.10555543)

Marsini, S. (1998). Gli strumenti di ricerca realizzati nel Pubblico Archivio Diplomatico di Firenze dal 1779 al 1852. En De Robertis, T. y Savino G. (eds.). *Tra libri e carte: Studi in onore di Luciana Mosici*, 160-161. Florencia: Cesati.

Michelet, J. (1833) *Histoire de France*. Paris: Hachette.

Müller-Wille, S. y Charmantier, I. (2012). Natural History and Information Overload: The Case of Linnaeus. *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences* 43 (1), 4–15.

Potin, Y. (2010). Kunstbeute und Archivraub. En Savoy, B. (ed.). *Napoleon und Europa: Traum und Trauma*, 91–99. Munich: Prestel.

Putnam, L. (2016). The Transnational and the Text-Searchable: Digitized Sources and the Shadows They Cast. *American Historical Review* 121 (2), 377–402.

Riberette, P. (1970). *Les Bibliothèques françaises pendant la Révolution (1789–1795): Recherches sur un essai de catalogue collectif*. Paris: Bibliothèque nationale, 1970.

Schrag, Z. (2021). *The Princeton Guide to Historical Research (Skills for Scholars)*. Princeton: Princeton University Press.

Taillandier, A.-H. (1841) *Documents biographiques sur P.-C.-F. Daunou*. Paris: Firmin-Didot.

Townsend, R. B. (2017). *Historians and The Technologies of Research*. Publicado el 1 de octubre de 2017. <https://www.historians.org/research-and-publications/perspectives-on-history/october-2017/historians-and-the-technologies-of-research>

Trüper, H. (2007). Das Klein-Klein der Arbeit: die Notizführung des Historikers François Louis Ganshof. *Österreichische Zeitschrift für Geschichtswissenschaften*, 18(2), 82–104. DOI: <https://doi.org/10.25365/oezg-2007-18-2-5>

Volney, C.-F. Ch. de. (1994). *Leçons d'Histoire*. En Normand, D. (ed.). *L'École normale de l'an III*. Vol. 2. *Leçons d'histoire, de géographie, d'économie politique*, 25–116. Paris: Dunod.

Wimmer, M. (2015). Rankes Quellen. *Historicum* 110 (1-2), 48-65.

Zedelmaier, H. y Muslow, M. (2001). *Die Praktiken der Gelehrsamkeit in der frühen Neuzeit*. Tübingen: Niemeyer.